

## BATALLAS Y CAPITANES

Por Manuel Briceño Jáuregui, S. J.

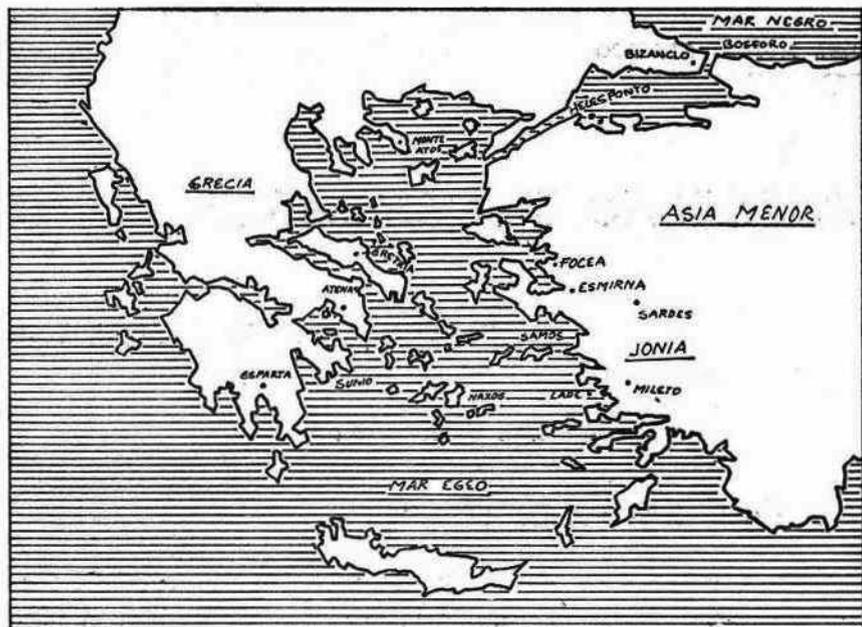
### *Rebelión de los Jonios* (1)

#### LA CONQUISTA DE ESCITIA (2)

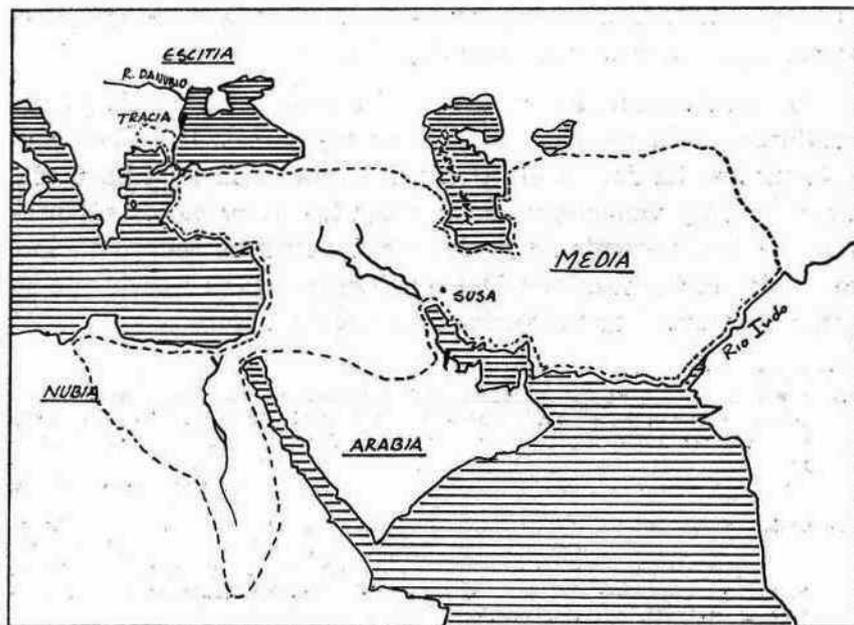
Hace veintiséis siglos. Todo sucede entre Grecia y el imperio persa. El rey Darío termina la organización de los extensos dominios que ha heredado, desde el litoral egeo en el Asia Menor hasta el Indo, y desde el desierto de Nubia en Africa hasta el mar Caspio. Son veinte provincias gobernadas en su nombre por sátrapas. Ha construido grandes caminos, pues una locomoción rápida, una inteligencia eficiente y vigilante son necesarias para manejar tan vasto imperio.

Por otra parte, los reclutas de las provincias son de pobres cualidades para combatir al lado de los persas, llamados también medos. La fuerza efectiva por tierra es la guardia meda, disciplinada y valiente, y por mar son las naves de los súbditos fenicios. En el oriente no existe, por el momento, peligro alguno, ni rivales poderosos. Pero Darío quiere mostrar en occidente su genio guerrero. Por eso vuelve su atención a Europa.

- 
- (1) Jonia es, en los tiempos antiguos, el litoral asiático del mar Egeo y abarca la región comprendida entre Focea, Esmirna y Mileto y las islas adyacentes ocupadas por los Griegos Jonios. Las principales son doce ciudades (Dodecápolis), entre ellas Mileto, es desde los comienzos un importante centro comercial, y Focea el punto de partida de las más lejanas travesías marítimas.
- (2) Escitia es un país al NE de Europa, según los griegos. Para Heródoto historiador heleno (480 - 425 antes de Cristo), Escitia se extiende del Danubio al Don, aun cuando posteriormente se extiende por el país al norte del Mar Negro, y comprende casi todo el Quersoneso Táurico, parte de Tracia limitado al N. y O. por el Danubio.



ASIA MENOR Y LA PENINSULA GRIEGA EN TIEMPO DE LAS GUERRAS MEDICAS (O PERSAS)



IMPERIO PERSA EN TIEMPO DE DARIO

..... Límites del imperio

Los inquietos Escitas y Cimerios <sup>(3)</sup> han invadido la frontera septentrional del imperio, y destruido tierras y labranzas. Los estados balcánicos son una continua amenaza de invasión. Darío piensa pasar por Tracia y avanzar hasta el Danubio, y aun más allá a fin de someter a los indómitos. Empresa delicada que exige numerosas tropas y, sobre todo, un plan cuidadoso.

En la costa occidental del Egeo habitan los incansables Griegos, los cuales en cualquier momento pueden cruzar el mar y ayudar a los Jonios, sus hermanos. Ellos, además, han expulsado a los tiranos e implantado donde quiera la democracia. Sólo que estos han huido al Asia, refugiándose en la corte del rey de Persia en Susa <sup>(4)</sup>, y ahora intrigan para volver al poder. Así, por ejemplo, los hijos de Pisístrato, Hipias en especial, quien acude en Sardes <sup>(5)</sup> al sátrapa Artafernes. De hecho, el sátrapa amenaza a Atenas. Otros exiliados se hacen también traidores.

Año 512 antes de Cristo. Darío cree llegado el momento de realizar su propósito. Al frente de un formidable ejército marcha rumbo a Tracia, región montañosa, pueblo indomable y guerrero. Luego atacará a los feroces Escitas, nómades "que no construyen ni una aldea en todo su territorio". Después cruzará el Danubio. Aventura dramática que termina en una desastrosa retirada.

¿Qué ha sucedido? Los Jonios, junto con otros pueblos sometidos al rey, contribuyen —así lo dispone su majestad— con contingentes al mando de sus déspotas. Mandocles, hábil ingeniero griego, construye un puente de barcos por el cual cruza Darío el Bósforo al norte de Bizancio. Una flota griega, marinos sometidos, zarpa hacia la costa occidental del Mar Negro, destinados a la desembocadura del Danubio. Otro puente de naves facilita a Darío la marcha a Escitia. El rey ordena que los griegos custodien el puente...

---

(3) Los Cimerios son un pueblo expulsado del sur de Rusia por los Escitas, de mucha actividad guerrera, pero que son gradualmente destruidos por las epidemias y las guerras con Lidia y Asiria.

(4) Susa, "la ciudad de los lirios", es la capital de Elam, donde se halla el palacio fastuoso del rey de Persia.

(5) Sardes es la principal ciudad de Lidia, capital del reino y de la principal satrapía persa; centro político del Asia Menor.

Los nativos bárbaros no se dejan impresionar: no aceptan batallas campales, sino que hostigan interminablemente al invasor, lo llevan poco a poco al fondo de las estepas, lo privan de comunicaciones, de provisiones, de agua, aparecen de pronto en el puente, sugieren a los generales helenos que lo destruyan y corten la retirada a Darío, dejándolo a su suerte, y así ganan la libertad para todos.

Milciades del Quersoneso se inclina por la tentadora propuesta, mas Histieo de Mileto hace caer en la cuenta a sus colegas tiranos-comandantes que, si echan a pique la expedición de Darío, ellos mismos serán las víctimas, porque Jonia libre no soportará más tiranías. Prevalece su consejo, se engaña a los Escitas con la destrucción de unos barcos, y los nativos regresan felices. Los griegos esperan al rey.

Derrotado ignominiosamente, lleno de pánico, nervioso, abandonando enfermos, heridos y carros de guerra, torna Darío una noche, para horrorizarse más al ver unos barcos del puente destruidos. Inmenso favor gana ante el rey, por su lealtad, Histieo de Mileto. Pronto es pagada su recompensa: un ventajoso principado en Macedonia, que poco tiempo durará en su manos. Porque el tirano impaciente quiere establecer una colonia de antiguos súbditos Milesios, lo cual despierta sospechas, y al general persa Megabazo, quien la ha conquistado, le disgusta ver a un infeliz tirano en un puesto de importancia estratégica. Lo hace, pues, llamar a Susa, con pretexto de amistad. Allí tendrá que vivir el resto de sus días —si eso no se remedia— en la ceremoniosa monotonía de palacio. ¡Espléndido destierro para un ambicioso!...

¿Y el prestigio persa? La revelación es, para los griegos, que el tal rey medo no es omnipotente, y aún es posible rebelarse...

## LA REBELION

Pero hace falta una cabeza caliente, entusiasmo cordial y acción unánime, característica esta última difícil para los helenos. Pero Histieo ha resuelto vengarse. En secreto comienza a azuzar a los Jonios. Persuade a Aristágoras, su yerno, hombre más audaz que hábil político, quien gobierna en Mileto du-

rante su ausencia, a que se rebele contra el rey: confía en que le han de enviar a restaurar el orden y tornará al gobierno. La oportunidad no tarda.

Naxos se halla en condiciones desastrosas. Un grupo de oligarcas de esta isla, expulsados por una revuelta de los demócratas, acude a Aristágoras. El tirano ve una esperanza de engrandecimiento personal. Nada, sin embargo, se logrará sin la ayuda de Persia. El de Mileto acude a Artafernes en Sardes, quien obtiene la aprobación de Darío, para someter de paso todas las Cícladas. La empresa será un éxito si no es por la rivalidad de los dos capitanes, el de Mileto y Megabates. El persa, en efecto, para vengarse del milesio, avisa a los naxios del peligro. Estos preparan, resisten cuatro meses de asedio, y las trirremes jonias regresan sin pena ni gloria...

Aristágoras, resentido, teme la cólera del aliado persa, y resuelve borrar el error con un recurso desesperado: la rebelión abierta. Es el año 499 antes de Cristo. Persia naturalmente se enfurece. Los rebeldes derriban, primero que todo, a los déspotas persas y establecen gobiernos democráticos. Apelan en seguida a la Grecia europea en busca de ayuda. De la misión se encarga Aristágoras en persona, quien abdica la tiranía y acepta un cargo constitucional.

El embajador va primero a Esparta, pues nadie imagina que Atenas pueda suministrar soldados de la envergadura de los espartanos, donde cada ciudadano vive el peligro desde la niñez, sometido a una rígida disciplina. Lo recibe Cleomenes, uno de los dos reyes lacedemonios, a quien trata de sobornar. Este pregunta cuál es la distancia de Esparta a Susa: Tres meses de marcha, le responden. Ante eso, la respuesta es negativa.

El ex-tirano Histieo viaja a Mileto enviado por Darío a persuadir la rendición. La polis se resiste a recibirlo. Entonces Histieo deserta, se pasa a los rebeldes para convertirse en adelante en un vulgar pirata de Bizancio, que asalta desesperado los barcos que en continuo movimiento cruzan el estrecho de los Dardanelos, haciendo imposible la navegación, hasta que el sátrapa persa lo captura y lo crucifica... Es 493 años a. de C.

Aristágoras pasa de Esparta a Atenas, y de ahí a Eretria en Eubea. Ambas polis le prometen barcos, Atenas veinte, Ere-

tria cinco. Es la lucha por la libertad: así la ven los contemporáneos. La posteridad aplaudirá su heroísmo que salva para el futuro la herencia imperecedera de los griegos. "No siempre la guerra empeora todo; también a veces salva cosas invaluable". Así vemos nosotros las Guerras Médicas o Persas.

El año 498 Atenienses y Eretrios juntos forman el ejército que, al mando de Aristágoras, marcha contra Sardes y ocupa la ciudad. La reducida fuerza persa se refugia en la ciudadela fortificada. De pronto, un incendio. Arde la ciudad entera. Los mismos griegos tienen que retirarse y regresar a la costa, donde no lejos de Efeso son sorprendidos por los medos y derrotados. Los soldados de Atenas regresan a su patria, y no vuelven a intervenir.

## UNA SOLA ESPERANZA

Los Jonios sostienen la desigual lucha cinco años todavía. Mas las ciudades van cayendo, hasta que por último es sitiada Mileto. Si cae, toda esperanza quedará en ruinas. Y no se podrá atacar a los persas por tierra. Pero todavía hay una flota de trescientas cincuenta y tres trirremes... contra las seiscientas naves enemigas...

Concéntranse los Jonios en la pequeña isla de Lade, frente al puerto de Mileto. El problema grave es la falta de entrenamiento de la armada, la escasa disciplina y demasiados comandantes. Focea, pueblo otrora próspero y activo, envía un reducido contingente de tres barcos al mando de Dionisio, hábil marino de talento táctico realmente genial. Se da cuenta de que una flota en esas condiciones no puede ganar una batalla.

—Ciudadanos de Jonia, exclama: Estamos en un momento decisivo, si hemos de ser libres o esclavos, digo, esclavos fugitivos. Mas si consentís en soportar trabajos rudos tendréis ahora sufrimiento, pero en vuestras manos está vencer al enemigo y ganar la libertad. Si en cambio seguís perezosos y desorganizados, yo no veo nada que os pueda salvar del castigo que el rey os impondrá por la rebelión. Tomad mi palabra, y confiad en mí, que yo os prometo con la ayuda del cielo que, o el enemigo no nos resistirá, o si lo hace, será totalmente derrotado...

Los Jonios se dejan persuadir, obedecen, se ponen en sus manos. El entonces ordena en fila los buques, y hace trabajar

a los soldados todo el día. Ellos le acatan una semana. El octavo día, desacostumbrados como están a tal clase de esfuerzos, cansados de las pesadas faenas y de la intemperie, comienzan a murmurar:

—¿Contra qué Dios hemos pecado para sufrir esto? Tontos y locos de nosotros que nos fiamos de un aventurero Focio, que no trajo sino tres trirremes, y ahora nos carga con aflicciones incurables... Mejor sufrir cualquier infortunio y esperar la amenaza, o cualquier esclavitud que sea, más bien que ser oprimidos como ahora. ¡No, por Zeus! No le obedecemos más...

## INDISCIPLINA

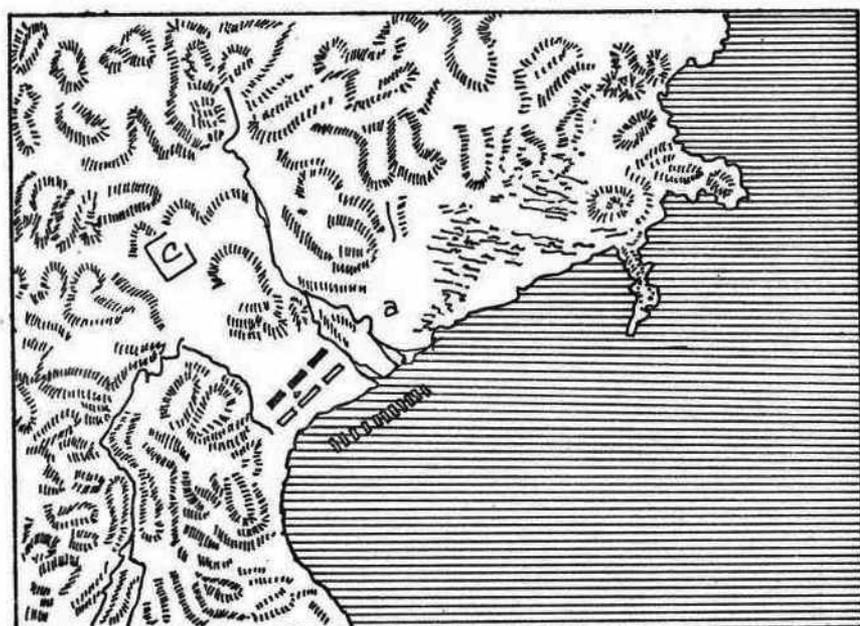
En adelante nadie le obedece. Plantan las tiendas en la isla como si en realidad fueran un ejército, y ahí se protegen del sol tranquilamente, sin tornar a los barcos ni ocuparse en ejercicio alguno. Al atacar los persas, naturalmente el resultado es el que ha dicho Dionisio. Varios contingentes desertan; Aristágoras huye a Mircino donde pronto cae al ser sitiada la ciudad; otros en Quíos resisten espléndidamente pero son demasiado pocos y, por último, son aniquilados. La victoria persa es decisiva.

Presionan luego los vencedores el asedio de Mileto por mar y tierra. En 494, año sexto de la guerra, la ciudad es tomada por asalto y destruida. El siguiente, caen las islas, una tras otra, en manos de los Medos, como si las pescaran con una red —dice el historiador Heródoto— a fin de que los habitantes no escapen el castigo. ¡Y terrible va a ser la suerte de los que son “pescados”, pues al apoderarse de todo, escogen los muchachos más esbeltos y los hacen eunucos, y a las mujeres más bellas se las llevan para el harén del rey...! Después queman la ciudad y con ella los templos... Mileto queda huérfana de gente...

Subyugados los Jonios, aplastada la rebelión, a Darío le ha quedado sonando el nombre de Atenas, que colaboró y se retiró. Cuentan que una vez pregunta a sus servidores:

—Y ¿quiénes son los atenienses?

Recibida la explicación, manda traer el arco de afiladas flechas, coloca una y la dispara al cielo:



## MARATON

Línea griega de batalla

Línea persa de batalla

- a Primera posición persa
- b Primera posición de la flota persa
- c Campamento griego
- d Monumento a los caídos.
- e Monumento a los caídos.

—¡Oh Zeus!, exclama, concédeme vengarme de los atenienses.

Y encarga a uno de los que lo rodean para que tres veces al día, a la hora de comer, le repita: Gran señor, acuérdate de los Atenienses.

Pronto se cumplirá la venganza...

## MARATON

### PREPARACION DEL CASTIGO

Persia tiene por delante varias empresas: la reorganización de la Grecia asiática, la reconquista de la Europa persa y el castigo de aquellos estados helénicos que colaboraron con los Jonios.

Artafernes comienza por medir y vigilar los territorios correspondientes a las ciudades jonias y, de conformidad con esto, regular los tributos. Les privan, primero que todo, del derecho de hacerse en adelante la guerra unos a otros. Pero hay algo más sorprendente: los déspotas helenos son todos abolidos y, según el espíritu de ese pueblo, se implantan democracias, por voluntad de Darío.

Por su parte, Mardonio, joven yerno del rey persa, es enviado a Macedonia y Tracia para reafirmar la supremacía Meda, y de ahí seguir a la Península Griega a castigar a Eretria y Atenas, las dos ciudades que ayudaron a los rebeldes de Jonia. Hechos los preparativos necesarios, Mardonio ha reunido un ejército numerosísimo y una poderosa flota. Es la primavera del año 492 a. de C. Los persas cruzan el Helesponto, bordean la costa, someten la isla de Tasos, reducen a Tracia, se rinde Macedonia con su anciano rey Alejandro, mas en el peligroso promontorio de Atos, cuyas corrientes traicioneras son todavía hoy temidas por los marineros griegos, la flota es en parte destrozada por una irresistible tempestad.

Las pérdidas son sensibles: trescientos barcos y veinte mil hombres. Imposible avanzar más. Mardonio se ve obligado a regresar. Pero cumplió lo principal del cometido, según él.

Darío no se resigna. Eretria y Atenas no escaparán del castigo: su participación en el incendio de Sardes tiene irritada a su imperial majestad... La reparación del insulto ha de pasar a la historia.

Darío, pues, comienza los preparativos de una nueva expedición. Hippias, el ex-tirano de Atenas, vive en la corte de Susa urgiendo el avance contra la ciudad que lo ha depuesto. Entre tanto el rey trata de averiguar, cuenta Heródoto, si los griegos le van a resistir o están dispuestos a someterse. Heraldos medos recorren las principales *polis* griegas que son libres y no están en guerra con él para exigirles el "dón de tierra y agua", símbolos de sujeción por tierra y mar. Las islas, sin ayuda para resistir, obedecen e igualmente muchas *polis*, entre otras Tebas —irritada por las agresiones de los éticos—, Argos y Egina, enemiga esta última de Atenas.

## ORGULLO ESPARTANO

Todo el mundo se intimida. Mas al llegar a Atenas los heraldos y a (Esparta o Lacedemonia), son arrojados por los atenienses en un foso profundo destinado a los criminales condenados, y en un pozo por los lacedemonios, con la orden de tomar allí el agua y la tierra que les ordena el rey. Los infortunados heraldos no regresarán con vida...

Semejante ultraje es una violación de la ley que enseña a los griegos a respetar la persona de los embajadores. Los supersticiosos espartanos quedan con escrúpulos, y van a tratar de desagraviar a la divinidad guardiana de los heraldos. Pero oigamos al propio historiador griego quien refiere cómo desde entonces, por más que consultan los augurios, ninguno resulta favorable. Angustiados, reúnen asambleas del pueblo, y solicitan voluntarios que ofrezcan la vida por Esparta.

Dos jóvenes de la nobleza, acomodados por cierto —Espartias, hijo de Ameristo, y Bulis, hijo de Nicolao— se presentan voluntarios a servir de expiación ante Jerjes, hijo de Darío: que en ellos vengue el rey la muerte de sus heraldos. Son enviados, pues, a Persia para ser ejecutados.

De paso para Susa se presentan ante Hidarnes, persa, comandante de las costas del Asia. Este los recibe como huéspedes. Los entretiene y, estando a la mesa, les pregunta:

—Espartanos, ¿por qué rechazan ustedes la amistad del rey? Por lo que en mí ven, por mi condición actual, pueden juzgar qué bien honra su majestad a la gente digna. Lo mismo les puede suceder a ustedes. Pónganse en sus manos, ya que el valor de ustedes es más que probado a los ojos del monarca, y cada uno por encargo de él podrá ser quien mande en Grecia...

—Sus consejos, responden las futuras víctimas, no nos convencen: son verdad en parte, y en parte se basan en ignorancia. Usted sabe lo que es ser esclavo, pero ignora lo que es la libertad, como para aconsejarnos. Si la experimentara, nos aconsejaría pelear no sólo con jabalinas sino hasta con hachas...

Siguen, pues, el camino a Susa, la capital de los persas. Se presentan al rey. La guardia les ordena primero, después les urge disgustada, les manda, les quiere obligar a que se postren en su presencia en homenaje de sujeción...

—No, señores, replican dignos y altaneros: jamás lo haremos nosotros, jamás, aunque nos precipiten de cabeza. Nunca ha sido costumbre espartana obedecer a ningún mortal, y no es este el encargo que traemos. Señor rey de los Medos, los Lacedemonios nos enviaron en reparación por la muerte de los heraldos que usted mandó a Esparta. Venimos a que haga en nosotros expiación por esos dos asesinatos que cometimos.

—No, señores espartanos, replica finamente magnánimo el monarca: a ustedes yo no los voy a imitar. Ustedes han hecho estragos en toda ley humana asesinando a mis heraldos: pues yo no voy a hacer lo mismo que les critico, ni a matarlos a ustedes para dejar libres de culpa a los espartanos... No, señores, yo no lo haré.

Y Espertias y Bulis retornan libres a su patria...

## LA EXPEDICION

Esta vez decide el rey no costear la misma vía de antes sino cruzar con su flota el mar Egeo. Se da orden a las ciudades persas costaneras que equipen barcos de guerra y contribuyan con su caballería. La armada de seiscientas galeras zarpa de Samos. Al frente de la expedición, por orden superior, no va Mardonio sino Datis, natural de Media, y Artafernes, sobrino del rey. Los acompaña el anciano Hipias con la seguridad de

tornar a la tiranía en su patria. Las instrucciones que llevan son claras: esclavizar a Eretria y Atenas, y traer los esclavos a presencia del rey.

Pasa la flota por Naxos, ciudad que antes había sido destruida por los persas; sus habitantes huyen a los montes. Bordan a Delos, cuna de Apolo, que es respetada; sólo que al dejarla es sacudida por un terremoto y los soldados ven en ello un signo de mal agüero. Someten todas las islas llamadas Cícladas, y entran por el canal entre Eubea y el Atica a la ciudad de Eretria.

Pese al peligro común, ni Eretria ni Atenas hacen preparativos en común —están a 45 Kms. una de otra—, ni se prestan ayuda mutua. Tras un sitio de seis días Eretria es traicionada y entregada a los invasores, que la saquean y queman los templos. Los habitantes, según lo convenido, son esclavizados.

Los generales persas han cumplido la mitad de la tarea, la menos importante. Corresponde el turno a Atenas. No en vano se desafía al Gran Rey.

Guiados por Hippias cruzan los Persas el estrecho y desembarcan en la bahía de Maratón, favorable a las evoluciones de la caballería. Pisístrato, el padre de Hippias, allí reconquistó la tiranía, cincuenta años antes con un puñado de mercenarios; Hippias está ahora a punto de hacerlo allí mismo. Mas no le faltan enemigos violentos, de los cuales el más encarnizado es Milcíades, hijo de Cimón. Los hijos de Pisístrato precisamente eliminaron otrora al padre de Milcíades..., y este es hoy un político influyente, enemigo mortal de la tiranía, sabedor como ninguno de la estrategia persa. Atenas elige a Milcíades estratega, y él se convierte en el alma de la resistencia contra los invasores.

## ATENAS AMENAZADA

La intención del enemigo es seguir por mar y tierra contra la ciudad desprotegida de murallas. Estas han sido mucho antes derribadas por los tiranos. Pero, ¿qué táctica deben seguir los griegos? ¿Esperar al enemigo, o salirse al encuentro? La opinión de los generales se divide: imposible arriesgar una batalla en campo abierto, dicen unos, siendo tan inferiores en número;

los enemigos son violentos, pero no hay que descartar, si se quedan en la ciudad, la traición de los amigos de Hippias... Milcíades propone que, sin demora, se salga al campo de Maratón. Convince a Calímaco de Afidna, el polemarcha del año, quien tiene un voto al lado de los diez generales. El momento es decisivo y heroico.

Resuelven, por fin, salir. Más antes de abandonar las tropas la ciudad, ya el velocísimo Fidípides, corredor profesional, va de camino a Esparta a pedir ayuda. Lo envían los diez estrategos. Son casi doscientos kilómetros por terreno rocoso y quebrado que el corredor cubre en dos días. Lleva las malas noticias de la caída de Eretria y del peligro de Atenas. Los espartanos ayudarían —es la respuesta— de no impedirlo escrúpulos religiosos: porque no pueden viajar antes de la luna llena. Cuando pase el plenilunio, saldrán con sumo gusto. Mas entonces, cuando salgan, será demasiado tarde... Solo Platea, vecina de Atenas, envía un contingente de mil hombres.

El ejército griego consta de nueve mil hoplitas, a lo sumo, contra unas tropas diez veces superiores en número, según Heródoto. Estos empiezan un movimiento táctico. Parece que su intención es dar la vuelta al Cabo Sunion. Embarcan, en efecto, la caballería. Van a desembarcar por el otro lado, a las puertas de Atenas. El comando general heleno se turna diariamente entre los diez generales —tal es la costumbre—. Cinco de ellos, sin embargo, no quisieran hacer frente y ceden ese honor a Milcíades. Este prefiere esperar su día. Mas no se puede aguardar. Milcíades entiende la estrategia enemiga.

## MARATON

Maratón es una llanura a orillas del mar, reducida y bordeada de colinas, casi toda pantanosa en el norte y en el extremo sur, partida en dos por una torrente que baja de los cerros. Dos caminos conducen a ella desde Atenas, uno de los cuales es escarpado y difícil. Calímaco acampa en el valle de Avlona al sur, posición admirable que es ya más de la mitad de la victoria: allí son inexpugnables y, además, dominan tanto el camino por donde han venido como el otro y la puerta sur del llano. Mas no pueden moverse ni volver atrás caso de un ataque persa a Atenas. Maratón, por otra parte, es excelente para los movimientos

de la caballería meda, que es la amenaza más formidable para la infantería de hoplitas, que allí puede ser envuelta.

Desde el punto de vista militar la situación es crítica, sólo que en este momento la caballería está fuera de acción. Así lo ve Milcíades.

La estrategia griega es hábil. El enemigo es más numeroso, no hay duda. Si la línea central ateniense se forma con igual profundidad que la del enemigo, podrá barrer con el centro persa hasta el mar, mas allí caerá en una trampa, entre el mar y los barcos por un lado, y por otro entre las alas enemigas que se cerrarán. Por eso, más bien, refuerza las alas, coloca a la derecha al polemarcha con los suyos y a la izquierda el contingente de Platea, y dispone la débil fuerza central. El enemigo está alineado a lo largo del río. La larga fila persa cruza el lecho del torrente y avanza en la playa. Un piquete de soldados se destaca para encubrir la posición griega, precaución dictada por principios fundamentales de estrategia a fin de prevenir un ataque por los flancos. Entre los dos ejércitos media un espacio de un kilómetro.

Se da la señal. Los griegos corren en formación cerrada para embestir a los bárbaros, quienes se disponen a recibirlos a pie firme disparando flechas de sus arcos orientales. Cargan los bravos atenienses haciendo prodigios de valor. Largas horas dura el ataque. El centro griego —como está previsto— es rechazado tierra adentro hasta los montes. El enemigo victorioso penetra persiguiéndolo. En ese momento las dos alas atenienses cargan sobre los persas, derrotan las alas enemigas, ciérranse luego, rodean las tropas de Darío, y les infligen tremenda derrota. La ruina es total, pues los atenienses han roto el orden de batalla persa, han hecho destrozos incontables y los han perseguido hasta la playa. Los que escaparon a la muerte son recogidos por los barcos. No ha peleado más que una parte de las tropas medas: el grueso de ellas se embarca a los primeros signos de la derrota...

De siete naves se han apoderado los helenos. Las bajas persas son seis mil cuatrocientos hombres; los griegos han perdido ciento noventa y dos hoplitas solamente, entre ellos al polemarcha y algunos generales. Se ha salvado Atenas, por el momento. Filípides, el célebre corredor, es enviado a toda velo-

ciudad a la capital con la noticia. Mas el gigantesco esfuerzo después de la batalla rompe aquél fornido corazón. Alcanza a entregar el mensaje en dos palabras: “¡Alegraos! ¡Vencimos!...”, y cae muerto.

El enemigo entrentanto dobla el Cabo Sunio rumbo al Atica. Milcíades, el héroe de Maratón, ordena dejar un regimiento en el campo al cuidado de los heridos y el botín, y marcha con sus tropas a todo correr al socorro de la plaza amenazada. Llegan antes que los bárbaros. Se atrincheran en seguida. Divisan la flota persa que se acerca. Los bárbaros pasan con su armada frente al puerto de Falero, se mantiene sobre las áncoras... y, dan la vuelta en dirección al Asia...

En Maratón se creman los cadáveres. Sus cenizas son sepultadas en el campo en que cayeron. Allí también los huesos de las víctimas que, según costumbre, se sacrificaron a los muertos. Sobre ellos se levanta un túmulo de tierra cónico, que todavía existe. Simónides escribirá el epitafio:

**ESTABA GRECIA AL BORDE DEL ABISMO:**

**AL PRECIO DE NUESTRA VIDA LA HEMOS SALVADO,  
Y YACEMOS AQUI...**